

LA COMPETENCIA LINGÜÍSTICO-COMUNICATIVA EN EL PROFESORADO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

Por Enrique J. Cuñado Pérez

“La palabra es un poderoso soberano, que con un pequeñísimo y muy invisible cuerpo realiza empresas absolutamente divinas”.

GORGIAS

“De un profesor basta con recordar que contaba bien historias”.

Félix de AZÚA

Permítaseme comenzar este breve ensayo con un recuerdo personal a modo de anécdota. Se trata de un recuerdo de mi época universitaria, cuando todavía siendo adolescente, como el resto de estudiantes, llegaba nuevo a la facultad de Filosofía de Salamanca. La curiosidad y el entusiasmo ante ese nuevo mundo que se abría en mi horizonte vital e intelectual era enorme, pero yo llevaba mis ideas preconcebidas de lo que me interesaba y me apetecía estudiar, que era sobre todo la filosofía moderna y contemporánea, y lo que no, que era todo lo anterior. Y sin embargo, las materias de filosofía antigua se convirtieron rápidamente en mis predilectas, y quedé para siempre enamorado de los clásicos, griegos y romanos. Esto se debió en parte al valor intrínseco de dichos filósofos, pero sobre todo fue gracias al profesor que impartía esas materias, D. Pablo García Castillo. Desde el primer día me cautivó y me dejó impresionado su maravillosa oratoria, la capacidad de transmitir apasionadamente su conocimiento de una manera amena y salpicada de humor. Nunca había visto a nadie que hablara así de bien; sus clases eran hipnóticas y daba igual que fuesen los viernes a primera hora, que nunca me perdería ninguna. Es más, me dediqué a convencer a mis amigos, matriculados en las más diversas titulaciones, a que vinieran de oyentes para que fueran también testigos de esas clases tan sugestivas. Algunos de ellos, estudiantes de ingenierías o de Bellas Artes, acabaron incluso por cursar sus materias como asignaturas de libre configuración después de ello, atrapados como yo por el despliegue retórico de su profesor.

Hasta aquí esta anécdota que me sirve para destacar el valor de la palabra y las capacidades comunicativas en la función docente, cuya importancia a veces se liga a la llamada “clase magistral”, aunque realmente no se reduce a ésta ni a ninguna metodología específica. Esta competencia ocupa, sin duda, un lugar central o destacado, junto a otras que siempre se han requerido y algunas más que han ido surgiendo en los últimos tiempos. Dentro del modelo europeo, que desde el año 2000 aproximadamente ha elaborado diversos informes sobre la profesión docente a través de distintos organismos (UNESCO, OCDE, Eurydice, etc.), la competencia comunicativa y lingüística es considerada actualmente como una de las competencias clave del profesorado. Esta competencia se incluye dentro de las competencias ligadas al “saber hacer”, en las que se distinguen un saber hacer “qué” y un “cómo”. Específicamente las habilidades y destrezas comunicativas y lingüísticas tendrían que ver con el “cómo”, junto con la competencia en trabajo en equipo, innovación y mejora y la competencia digital. Al saber hacer se unen otras competencias relacionadas con el saber propiamente, con el saber ser y saber estar. Estas distinciones sobre las competencias docentes no son sino un desarrollo de lo que en esencia llamó Jacques Delors los cuatro pilares de la educación: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y

aprender a ser. Estos cuatro pilares no son sino el marco paradigmático del actual modelo competencial de la enseñanza, y desde ellos podríamos justificar en cierto modo el carácter central o, al menos, destacado de la competencia lingüístico-comunicativa, más allá de ese saber hacer “cómo”. En primer lugar, porque el *logos*, como entendieron los griegos, significaba tanto “razón”, como “lenguaje” o “palabra”, “estudio” y “ciencia”, porque el lenguaje está estrechamente ligado al conocimiento, dado que el pensamiento y el lenguaje están íntimamente entrelazados; pensamos con palabras y hablamos con nosotros mismos incluso cuando pensamos silenciosamente. Las estructuras lógicas son estructuras tanto intelectuales como lingüísticas, o ambas cosas paralelamente. De este modo, la competencia lingüística es inseparable de cualquier conocimiento y de la competencia científica, incluso cuando esos conocimientos tienen que ver con lenguajes técnicos diversos. Las matemáticas, por ejemplo, no dejan de ser un lenguaje, pero además, requieren del lenguaje natural para comprenderse o hacerse entender, tanto como pueda requerirlo la historia o la literatura. Por otra parte, la competencia lingüístico-comunicativa es inseparable del aprender a vivir juntos, pues como decía Aristóteles, el ser humano es un ser sociable, y lo es fundamentalmente porque tiene *logos*, tiene palabra, no como mero sonido, sino como lenguaje articulado –es decir, conceptual, gracias a nuestra capacidad racional– que permite al hombre preguntarse por lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Y es eso lo que permite al hombre vivir en la *polis*, en la comunidad política, y vivir en sociedad, no sólo *junto a* otros, sino *con* otros. Y por último, es el lenguaje y la comunicación los que nos enseñan a ser, puesto que como afirmaba Heidegger, “el lenguaje es la casa del ser”, allí donde la existencia se hace consciente y pone el cuidado de sí mismo y de las cosas del mundo. La madurez del pensamiento, a través del lenguaje, es la que nos hace ser y a su vez la que nos permite comunicar algo, pues como decían los escolásticos, *nemo dat quod non habet* (nadie da lo que no tiene), y para poder comunicar y transmitir algo, es necesario haber adquirido algo más que unos conocimientos técnicos de manera mecánica. El verdadero docente y maestro debe al menos acercarse a un modo de ser y de concebir el mundo que no está formado sólo por esos conocimientos técnicos o erudición, sino que tiene que ver con lo que los clásicos llamaron la *sapientia*.

La importancia que tiene en la función docente la comunicación y el lenguaje parece clara dentro del marco teórico de las competencias, pero podría plantearse algo más en concreto sobre su aplicación práctica. Cabe así preguntarse si realmente esta competencia es tan importante dentro del conjunto de competencias del docente, si ocupa de verdad un lugar destacado o si podría ser un aspecto menor. En este sentido me parece útil citar una obra emblemática, que además constituye un estudio bastante empírico y apegado a la práctica docente real, escrita por el profesor estadounidense Ken Bain, antiguo rector de la Universidad de Columbia y actual presidente de una institución conocida como Best Teachers Institute en Washington D.C. Este famoso libro, publicado por Harvard University Press, lleva por título *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*, y en él, al referirse a cómo dirigen la clase, su autor afirma que “quizás la habilidad más importante mostrada por los profesores de nuestro estudio en el aula, en el laboratorio, el estudio o cualquier otro lugar en que se encontraban con los estudiantes era la capacidad de comunicarse verbalmente de forma que estimulara el pensamiento”¹. Y además, Bain se refiere reiteradamente a la tradición pedagógica socrática y su puesta en práctica con ejemplos concretos, que tomados del contexto universitario, son perfectamente aplicables a la enseñanza media.

El saber plantear una pregunta o un problema que realmente concierna al alumnado, forma parte de esta competencia comunicativa tanto como del método socrático. Como decíamos anteriormente, no se trata de reducir esta competencia a su uso en la llamada clase magistral, sino que está presente igualmente en las demás formas de dirigir y gestionar el aula. Para acercar las cuestiones y problemas a los alumnos, el profesor debe emplear técnicas retóricas para saber captar su atención, para comenzar por conocimientos compartidos o un lenguaje familiar, por tener

1 Bain, K.: *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*. Barcelona, Publicacions de la Universitat de València, 2007, p. 133.

empatía y capacidad para escuchar y captar las señales de los alumnos incluso cuando no hablan, así como seleccionar o elaborar recursos adecuados para ello, entre otras cosas, mostrando que lo que se va a tratar en clase está en conexión con la realidad y con el mundo fuera de ella. El lenguaje, y especialmente la oralidad, es un elemento central en el aula, también cuando se usan otros recursos, que quedan vertebrados por la explicación del profesor. La explicación es siempre una función esencial del docente, más allá de la clase magistral. Dicha explicación debe ser ordenada, clara y adecuada a los receptores a los que va dirigida si se pretende que sea realmente didáctica. Esta adecuación del registro lingüístico a las circunstancias concretas en el aula considero que es uno de los aspectos más complicados, especialmente en materias ya de por sí abstrusas como las de filosofía, a la hora de lograr una comunicación correcta con el alumnado. Requiere pulir continuamente y cada año la manera exacta de expresarse, buscar nuevos ejemplos que resulten ilustrativos, analogías apropiadas y narraciones o historias que permitan introducirse en las cuestiones filosóficas de manera sencilla. Pero además, la competencia lingüística y comunicativa es esencial a la hora de elaborar textos, mapas conceptuales o presentaciones, en donde se requiere capacidad de síntesis, análisis, comparación, así como capacidad para evaluar su eficacia, detectar los fallos y que todo ello revierta en una mejora posterior.

La capacidad de retórica del docente es crucial para manejar el ritmo del aprendizaje, desde la captación del interés y la atención inicial hasta la consecución de los objetivos de la enseñanza por parte del alumnado. Entre esas prácticas a la hora de dirigir la clase que llevan a cabo los mejores profesores de universidad, Bain se refiere a un modelo de educación centrado no en los criterios tradicionales de la disciplina ni en el profesor, sino en los estudiantes. Este modelo entronca con el modelo socrático, en cuanto que Sócrates comenzaba prestando atención a lo que la gente creía saber para después ir guiando a sus interlocutores hacia ideas insospechadas, provocativas en muchos casos. Un profesor comunicativamente competente debe lograr precisamente esto, conectar con los estudiantes desde ámbitos compartidos y familiares para guiarlos hacia nuevos conocimientos. Y en ese proceso de enseñanza y aprendizaje gestionar correctamente la diversidad de experiencias de aprendizaje. Es propio de la habilidad comunicativa el saber cómo y cuándo combinar información visual diversa con estímulos auditivos, controlar el tiempo para hablar, para escuchar, para la reflexión, para trabajar en grupo o para saber distender el ambiente de clase con alguna broma o algo que sorprenda y rompa una determinada inercia. En una sentencia clásica de su epístola *ad Pisones* decía Horacio que los poetas siempre buscan deleitar, enseñar o ambas cosas a la vez. Esta máxima de deleitar e instruir (*delectare et prodesse*) la hicieron suya los autores de nuestro Siglo de Oro como Cervantes, Lope, Quevedo o Gracián, que consideraron que un ingrediente fundamental para lograr tal objetivo era la variedad: la mezcla del tono culto y el popular, el verso y la prosa, lo trágico y lo cómico, etc. Del mismo modo, también Bain habla de cómo los grandes profesores son capaces de crear experiencias de aprendizaje diversas, lo cual incluye además de un modo particular una característica interdisciplinariedad. La capacidad del docente para relacionar su materia con el mundo debe ser igual de buena que la de relacionarla con otras disciplinas, hoy más que nunca, cuando nos encontramos ante un paradigma de la complejidad. Bain llegó a la conclusión de que esos grandes profesores tenían también en común esa capacidad para la variedad y el enfoque multidisciplinar o interdisciplinar. En relación a las materias que yo imparto, pienso por ejemplo en tratar sobre las drogas en una clase de Psicología a través de la literatura y obras como *Las puertas de la percepción* de Huxley, *Paraísos artificiales* de Baudelaire u otras de una mayor crudeza y realismo como *Trainspotting* de Irvine Welsh o *Réquiem por un sueño* de Hubert Selby Jr. Primero porque en un enfoque competencial, la lectura y la literatura en particular, siempre son apropiadas, pero también porque la literatura en este caso nos permite acceder a descripciones psicológicas de gran riqueza, incluso más útiles que lo que puede verse a través de un medio más directo como el audiovisual y el cine. También puede tratarse sobre filosofía a través de las ciencias, tanto matemáticas como empírico-naturales; introducir el número *phi* y la proporción áurea, así como su historia desde los pitagóricos, es de gran utilidad a la hora de hablar sobre filosofía de la naturaleza y la idea de orden (*kósmos*), relacionada con algunos

de los argumentos sobre la existencia de Dios a los que Kant llamó cosmológicos precisamente. Para todo ello, combinar la explicación oral, un texto escrito y algunas escenas de la película *Pi, fe en el caos* (1998), de Aranofsky, puede ser enriquecedor y sugestivo. Con esto se logra, en definitiva, esa variedad de recursos que deben combinarse hábilmente para atraer e interesar a los estudiantes, a la vez que se ofrece un enfoque interdisciplinar.

No es menos importante que lo anterior, el saber comunicar de tal modo que quede sembrada en los estudiantes la semilla de la curiosidad y el deseo de saber más y poder progresar en este conocimiento de una manera autónoma. Si los aspectos mencionados hasta ahora se refieren a una dimensión más bien intelectual de esta competencia lingüístico-comunicativa, cabe señalar aquí una distinta pero igual o más importante, sobre todo cuando un docente trata con adolescentes: se trata del aspecto emotivo de la comunicación. Desde los maestros clásicos de retórica hasta los grandes teóricos modernos de la comunicación, todos han mostrado que el lenguaje no sólo sirve para transmitir información, sino que con él realizamos acciones o actos de habla (*speech acts*) como decía J. L. Austin en su famosa obra *Cómo hacer cosas con palabras*, que tienen efectos reales sobre el mundo. Los griegos concebían la palabra como *phármakon*, que significaba tanto veneno como medicina para el alma, según el uso, la dosis, la persona y el momento oportuno (*kairós*) en el que se usaran, y cuyo efecto principal tiene lugar en las pasiones o emociones humanas. También Jakobson, al distinguir diversas funciones del lenguaje incluyó entre ellas la función expresiva o emotiva, porque efectivamente, mediante la palabra se puede expresar y también provocar alegría, entusiasmo, risa, tristeza, miedo, ansiedad, dudas, confusión y otros muchos estados anímicos. Ese aspecto emotivo se debe saber manejar para motivar, captar la atención, entusiasmar, suscitar curiosidad, animar, advertir, comprometer e implicar a los estudiantes en el proceso de enseñanza y aprendizaje. El docente debe ser competente comunicativamente también con sus gestos y lenguaje no verbal, así como en sus actitudes a la hora de saber escuchar, transmitir confianza, mostrar seguridad y empatía hacia los estudiantes. Debe tenerse en cuenta que una clase no es una conferencia o una ponencia, aunque tenga elementos comunes con esos contextos comunicativos. Requiere un tipo de lenguaje y de interacción que, volviendo a Ken Bain, puede ser difícil de explicar en qué consiste; el autor se dio cuenta en su estudio de que cuando preguntaba a muchos estudiantes sobre los profesores que consideraban como los mejores, sabían que era por cómo hablaban y contaban las cosas, pero no sabían exactamente definirlo. En la capacidad comunicativa de algunos profesores había una fuerza especial que era difícil de analizar y que Paul Heinrich, de la Universidad de Sidney, dio el nombre de lenguaje *cálido*. Esto es lo contrario del lenguaje *frío*, que es desapasionado, menos emotivo, menos descriptivo, se refiere a las cosas pero sin ir directamente a ellas; el lenguaje *cálido* se implica intelectual y emocionalmente, pero sobre todo, el lenguaje *cálido* es “esencialmente relatar historias”, dice Heinrich².

El relato, la narración, la palabra y en definitiva, la razón, el *logos*, es por tanto un elemento central de la enseñanza, y por ello la competencia comunicativa y lingüística es esencial para todo el profesorado. Es la palabra la que nos hace humanos, porque es la palabra la que nos hace seres dotados de razón y emoción. Y es en torno a ella en donde tiene sentido la enseñanza, que no es sino un medio para la instrucción y formación humana, para formar seres humanos y ciudadanos libres.

2 *Ídem*, p. 138.